





# **CONFERENCIAS DEL SANTO SEPULCRO**

IGNACIO FALGUERAS SALINAS

BUBOK

2022

© Ignacio Falgueras Salinas

ISBN papel: 978-84-685-7299-4

ISBN ebook en pdf: 978-84-685-7298-7

Editorial Bubok

## INDICE GENERAL

<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>9</b>
<b>INTRODUCCIÓN GENERAL</b>	<b>11</b>
1. <i>El Santo Sepulcro en la historia de la salvación</i>	11
2. <i>La duración de la estancia del cuerpo de Cristo en el Sepulcro</i>	14
3. <i>El Santo Sepulcro como templo</i>	16
4. <i>¿Qué pasó en ese lugar y en ese corto periodo de tiempo?</i>	19
5. <i>¿Qué significa el Santo Sepulcro para la Iglesia?</i>	21
6. <i>¿Cómo permite Dios tantos y tales males?</i>	25
<b>CAPÍTULO I: LA TERCERA CREACIÓN</b>	<b>31</b>
1. INTRODUCCIÓN	33
2. LA TERCERA CREACIÓN	37
2.1. <i>La encarnación del verbo</i>	38
2.2. <i>La kénosis de la humanidad de Cristo</i>	43
3. CONCLUSIÓN	50
<b>CAPÍTULO II: FUERTE ES EL AMOR COMO LA MUERTE</b>	<b>55</b>
1. INTRODUCCIÓN	57
2. LA INSEPARABLE UNIDAD DE LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO	63
2.1. <i>En la muerte ya está contenida la resurrección</i>	66
2.2. <i>En la resurrección se conserva y manifiesta íntegramente el poder (amor) de la muerte de Cristo</i>	71
3. OTROS DOS EQUÍVOCOS QUE AFECTAN AL MISTERIO	77
4. LA NOVEDAD DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO	84
4.1. <i>La recepción de una nueva vida en el mismo cuerpo que murió</i>	85
4.2. <i>El cambio integral de la relación «esencia del hombre – esencia del mundo» merced a esa nueva vida</i>	95
4.3. <i>La renovación de la creación entera (un nuevo cielo y una nueva tierra)</i>	96
5. AJUSTES METÓDICOS, O DE ENFOQUE	98
6. CONCLUSIÓN	107

<b>CAPÍTULO III: “ET IN SPIRITUM SANCTUM, DOMINUM...”</b>	<b>113</b>
1. INTRODUCCIÓN	115
2. PRIMERA PARTE: LA TRINIDAD SANTA	120
3. SEGUNDA PARTE: EL ESPÍRITU SANTO <i>AD INTRA</i>	128
3.1. <i>Exposición de algunos errores históricos sobre la tercera Persona de la Trinidad</i>	128
3.2. <i>Aproximación al tema a partir de la revelación</i>	133
4. PARTE TERCERA: EL ESPÍRITU SANTO <i>AD EXTRA</i>	140
4.1. <i>La unidad y diversidad de las obras divinas ad extra</i>	140
4.2. <i>Las operaciones del Espíritu Santo ad extra</i>	145
4.2.1. La preparación del advenimiento de Cristo	145
4.2.2. La formación del cuerpo de Cristo y la unción de su humanidad	148
4.2.3. La formación de la Iglesia o Cuerpo Místico de Cristo	149
4.2.4. Preparación de los hombres para la segunda venida de Cristo	151
5. CONCLUSIÓN	153
<b>CAPÍTULO IV: LA GRANDEZA DEL MATRIMONIO CRISTIANO, OBRA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD</b>	<b>159</b>
1. INTRODUCCIÓN	161
2. EL MATRIMONIO, INSTITUCIÓN NATURAL, OBRA DEL PADRE	162
2.1. <i>El sentido creacional del matrimonio</i>	163
2.2. <i>El sentido decaído del matrimonio</i>	168
3. EL MATRIMONIO, SACRAMENTO DE SALVACIÓN, OBRA DEL HIJO	171
4. EL MATRIMONIO COMO IGLESIA DOMÉSTICA, OBRA DEL ESPÍRITU SANTO	177
5. CONCLUSIÓN	181
<b>CAPÍTULO V: LA EUCARISTÍA, DON Y MISTERIO</b>	<b>185</b>
1. INTRODUCCIÓN	187
2. PARTE PRIMERA: EL DONANTE-DON DE LA EUCARISTÍA	189
2.1. <i>El donante</i>	189
2.2. <i>El don</i>	190
2.2.1. La Eucaristía como don real-físico	191
2.2.1.a) La transubstanciación	192

2.2.1.b) La presencia real	196
2.2.2. La Eucaristía como don simbólico-real	203
2.2.3. La Eucaristía como comunión, o consumación terrenal de los dones de Dios	208
3. PARTE SEGUNDA: LOS DONATARIOS DE LA EUCARISTÍA	213
4. CONSIDERACIONES FINALES	217
<b>CAPÍTULO VI: LA MISERICORDIA Y LA JUSTICIA DIVINAS</b>	223
1. INTRODUCCIÓN	225
2. APROXIMACIÓN AL PROBLEMA	228
3. EL PASO AL MISTERIO	235
3.1. <i>Acercamiento al misterio por el lado de la iniciativa de Dios</i>	239
3.2. <i>Acercamiento al misterio por el lado de la posible aceptación humana, necesaria para la salvación</i>	243
4. LA INTELECCIÓN DEL MISTERIO	247
5. CONCLUSIÓN	252
 <b>ANEXOS</b>	
<b>APÉNDICE I: EL PERDÓN</b>	265
1. <i>La santidad del perdón</i>	268
2. <i>La universalidad del perdón</i>	270
3. <i>La dificultad del perdón</i>	275
4. <i>La divinización de nuestra esencia por el perdón</i>	278
<b>APÉNDICE II: EL SACRIFICIO EN LA IGLESIA</b>	281
1. SENTIDO Y LIMITACIONES DEL SACRIFICIO HUMANO	283
2. EL SACRIFICIO DE CRISTO	290
3. EL SACRIFICIO EN LA IGLESIA	297
<b>INDICE DE AUTORES</b>	305





## PRESENTACIÓN

El contenido de este libro está compuesto por seis conferencias pronunciadas por mí, a razón de una por año, en la Real Hermandad del Santo Sepulcro de Málaga, de donde toma su título<sup>1</sup>. De ellas las cinco primeras fueron organizadas por el P. Fernando del Castillo, párroco de s. Miguel de Miramar (Málaga) entre los años 2011 y 2015, y la sexta fue organizada por D. Antonio Collado, el año 2016, y también como párroco de la misma parroquia, que es la mía. La mayoría de tales conferencias se ocupó de los temas propuestos por ellos, y que solían coincidir con los temas propuestos por los Papas Benedicto XVI y Francisco para los años respectivos.

Las dos primeras conferencias tienen como tema la humanidad de Cristo: su creación, y su muerte y resurrección. La cuarta y la quinta están dedicadas a dos sacramentos, el Matrimonio, que nos permite representar simbólico-realmente el amor de Cristo por la Iglesia, y la Eucaristía, prenda efectiva de ese amor, así como de nuestra salvación. Entre ambos grupos se sitúa una conferencia, la tercera, que se ocupa de meditar sobre el Espíritu Santo o Espíritu de Cristo, que formó su cuerpo asumido y funda su Cuerpo místico. Y, por último, la sexta conferencia considera el sentido misterioso y profundo de la redención obrada por Él, a saber, la Misericordia y la Justicia divinas.

Aparte de una introducción general para explicar la oportunidad del título, he añadido al final, como Anexos, otros dos escritos: uno sobre el perdón, con la intención de completar el capítulo dedicado a la misericordia; y el segundo, una conferencia sobre *El Sacrificio en la Iglesia*, que fue pronunciada por mí en el Palacio Episcopal de Málaga el año 1983 con ocasión de los cien años de la Adoración Nocturna en Málaga. Con él creo que se puede resumir y cerrar el sentido del libro, puesto que es la Iglesia la que, como Esposa y Cuerpo de Cristo, hace suyo el sacrificio de Cristo, y así conserva, continúa y traspasa de generación en generación Su obra redentora hasta el final de los tiempos.

Ignacio Falgueras Salinas, 17 de mayo de 2020

---

<sup>1</sup> Algunas de ellas han recibido ligeras correcciones y ciertas ampliaciones, pues fueron reducidas en su día para cumplir con los límites de tiempo propios de una conferencia.



## INTRODUCCIÓN GENERAL: EL SANTO SEPULCRO

Aunque pueda parecer que el título común dado por mí a todas estas conferencias es muy circunstancial y extrínseco, existen conveniencias internas y externas que me permiten considerarlo apropiado. Las explico.

### 1. *El Santo Sepulcro en la historia de la salvación*

El Santo Sepulcro fue un lugar de tránsito entre la muerte del Señor y su resurrección, pero que pertenece plenamente a la historia de la salvación. La Encarnación es un proceso histórico, porque, si bien el Verbo se hizo hombre con un solo acto de asunción, la naturaleza humana que asumió había de *hacerse semejante* a nosotros en todo menos en el pecado, para terminar, después, haciéndonos semejantes a Él. Hacerse semejante a los hombres implica «irse haciendo semejante», es decir, no hacerse semejante de golpe o de una sola vez, porque la naturaleza humana, por estar vinculada con el tiempo, es en su esencia creciente<sup>1</sup>. Por tanto, Cristo en su naturaleza humana *se fue haciendo* semejante a nosotros cada vez más a lo largo de toda su vida. Pero como fue el Verbo divino el que asumió la naturaleza humana en Cristo, ese creciente ir haciéndose tuvo el sentido de un descendimiento: Cristo bajó de los cielos<sup>2</sup>, y se fue abajando a lo largo de su vida terrena hasta entregarse a la muerte, y una muerte de cruz<sup>3</sup>. Con esto se quiere decir que su hacerse semejante a nosotros tiene un sentido jerárquico, va desde un estatus superior a uno inferior. Pero por ser lo superior, en este caso, el estatus de «asumida» por la Persona del Verbo divino, el irse haciendo inferior de la naturaleza humana de Cristo no llevó consigo una pérdida de su superioridad<sup>4</sup>, antes bien, aportaba una elevación de aquello (inferior) que se iba haciendo. Y eso es así porque la

---

<sup>1</sup> De acuerdo con lo que se explica a continuación, en el ejemplo único de Cristo el crecimiento de su humanidad fue un abajamiento donal sin pérdida de su dignidad, o sea, un irse haciendo cada vez más semejante –descontado el pecado– al hombre en su estado de caído, cosa que se alcanzó en la muerte y el enterramiento. Y en cuanto al crecimiento en sabiduría, éste consistió en manifestar a través de su naturaleza humana cada vez más claramente –para nosotros– la sabiduría y el amor de Dios.

<sup>2</sup> Jn 3, 13; 6, 33, 38, 41 y 42.

<sup>3</sup> Fil 2, 8.

<sup>4</sup> Jn 1, 18. Es lo que decía s. Agustín: el Verbo se ha hecho hombre en la tierra sin dejar de estar con el Padre en el cielo (*In Joannis Evangelium Tractatus* 35, n. 5; *Sermo* 28, nn. 4 y 5). Y eso mismo ha de decirse de su naturaleza humana: ella se hace semejante a nosotros sin dejar de ser asumida (Cfr. I. Falgueras, *El Cántico de Salomón, Comentario al Cantar de los Cantares*, Edicep, Valencia, 2008, 119 ss).

asumición es una forma de donación entre Dios y las criaturas, la más alta, ya que como tal ni pierde ni hace perder nada<sup>5</sup>.

En su ir haciéndose a semejanza nuestra, Él quiso mostrar su amor por el Padre, quedándose tres días en el templo; pasar treinta años en vida familiar silenciosa, sencilla, y obediente; hacer lo que hacían las buenas personas de su tiempo: visitar anualmente el templo de Jerusalén, hacerse bautizar por Juan el Bautista, festejar las bodas de familiares y amigos... Eligió un grupo de discípulos para enseñarnos con su palabra y obras, soportando la torpeza y lentitud de sus (nuestras) mentes<sup>6</sup>. Además, quiso pasar y vencer nuestras tentaciones, sentir hambre y cansancio, compadecerse de nuestros dolores, enfermedades, debilidades y pecados. Y de tal modo quiso acompañarnos en nuestros sufrimientos que, para aliviarlos y transformarlos, los llegó a padecer Él mismo hasta compartir nuestra muerte.

Pues bien, en el sepulcro Cristo culminó su abajamiento, pues fue su última humillación para acercárenos. En él Cristo se asemejó a nosotros, que, una vez muertos, somos enterrados para volver al polvo del que fueron formados nuestros cuerpos, porque el pecado original –con el que todos nacemos– lo mereció como castigo. Sin embargo, recordemos que la Encarnación sólo fue un *hacerse semejante*: se trata sólo de una semejanza, es decir, no de una completa igualdad, pues la semejanza siempre incluye alguna diferencia<sup>7</sup>. Lo mismo que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, el Verbo, Imagen increada del Padre, quiso hacerse a semejanza del hombre<sup>8</sup>: hombre, sí, pero perfecto, más perfectamente hombre incluso que Adán, a saber: con la perfección que tendremos en la vida futura y que nos será dada por Él, pues todavía no somos lo que seremos<sup>9</sup>. En verdad, cuando Cristo se hizo semejante *en todo* a nosotros fue sólo en su pasión y muerte. Mas siempre –insisto– se trata únicamente

---

<sup>5</sup> Cfr. El Apéndice II: *El Sacrificio en la Iglesia*, que acompaña a este mismo libro.

<sup>6</sup> Mt 15, 16; 16, 8-9; 17, 17; Lc 9, 41; 24, 25.

<sup>7</sup> Por esa razón, se dice que «se hizo» semejante a nosotros, no que fuera exactamente igual a nosotros, pues Él era hombre perfecto y estaba sobreelevado por la asumición, mientras que nosotros somos «hijos» de Adán y Eva, hombres afectados por el pecado original.

<sup>8</sup> No se hizo a «imagen» del hombre, porque es el hombre el que está hecho «a imagen» de Dios. La *imagen* de Dios en el hombre es la persona, mientras que la *semejanza* de Dios radica en nuestra naturaleza (varón y mujer). El Verbo se abajó haciéndose a *semejanza* de su imagen, o sea, asumiendo nuestra naturaleza, no una persona humana, pues siguió siendo Persona divina, ahora humanada al tomar en unión consigo nuestra naturaleza, de lo contrario no habría podido ser Dios y hombre.

<sup>9</sup> 1 Jn 3, 2.

de una *semejanza*, es decir, siempre existe una diferencia: Él padeció y murió *porque quiso*, sin que tuviera que morir nunca, nosotros padecemos y morimos porque –antes o después– tenemos que morir. Por eso, el cuerpo muerto de Cristo, al quedar separado de su alma humana, sólo se *asemejó* a nuestros cuerpos muertos, pero no se igualó con ellos. En este sentido, su enterramiento llevó a término el hacerse semejante a nosotros por el lado de su cuerpo, no así por el lado de su alma, más bien, en el sepulcro ésta empezó ya a hacer lo contrario: a llevar a término el hacernos a nosotros semejantes a Él.<sup>10</sup>

Sin duda, a eso se puede objetar que, precisamente en el sepulcro, Cristo se igualó con nosotros por el lado de su cuerpo, porque –habiendo tomado sobre sí el castigo del pecado (muerte)– allí no era ya hombre perfecto, dado que su cuerpo carecía de la vida de su alma, y su alma carecía de su cuerpo. Mas, por el contrario, santo Tomás de Aquino nos enseña que, aunque estuvo separado de su alma (humana), es decir, aunque estuvo verdaderamente muerto, su cuerpo no estuvo separado de la persona del Verbo, de manera que durante la estancia del cuerpo en el sepulcro estaba el Verbo, con su presencia y poder, manteniéndolo unido consigo.<sup>11</sup> Esto concuerda perfectamente con el dato revelado de que su cuerpo no fue abandonado a la muerte ni podía conocer la corrupción.<sup>12</sup>, pues de haber sido el suyo un cuerpo normal, al estar separado del alma, sin duda debería haber estado sometido a la corrupción. El cuerpo muerto de Cristo siguió siendo del Verbo, o segunda Persona de la Trinidad, que lo había unido consigo hipostáticamente. Por tanto, en el sepulcro su cuerpo muerto se asemejaba al nuestro, pero no era por completo igual al nuestro: separado de su alma, única que lo podía mantener incorrupto de modo natural, era la Persona divina que se había hecho carne la que impedía la corrupción de su cuerpo. El Inmortal (*Athanatos*) hizo incorrupto al cuerpo que asumió, aun sin mantenerlo vivo. Ésa es una de las diferencias del cuerpo muerto de Cristo con respecto a los nuestros.

Es verdad, por tanto, que al morir Cristo dejó de ser «hombre perfecto», porque dejó de ser hombre, pero no porque dejara de ser perfecto. La

---

<sup>10</sup> El alma de Cristo llevó la luz a las almas de los muertos del Primer Testamento que estaban en el Seno de Abrahán, y, en el último instante de la estancia en el sepulcro por parte del cuerpo, resucitó como hará al final de los tiempos con todos los hombres.

<sup>11</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* III, 50, 2 c; 51, 3 c.

<sup>12</sup> *Sal* 16 (15), 10; *Hch* 2, 31.

perfección de la humanidad de Cristo consistió en su obediencia integral al Padre, de manera que incluso muerta era perfecta para el fin que en su proyecto Dios Padre le había asignado. El sepulcro fue para el cuerpo de Cristo la continuación de la entrega hecha en el último instante de su vida, cuando encomendó su espíritu humano al Padre. Y, para hacerse como nosotros, no lo enterraron los ángeles, sino que a semejanza de lo que nos ocurre a todos los demás, lo hicieron otros hombres, porque nunca estuvo su humanidad (rota) tan desprovista de todo en la tierra como en el sepulcro, hasta el momento en que por fin resucitó.

## 2.- *La duración de la estancia del cuerpo de Cristo en el Sepulcro*

Esto supuesto, si Cristo tuvo poder para resucitar, podría haberlo hecho inmediatamente después de morir, o podría haberse quedado en el sepulcro mucho más tiempo, o, al menos, podría haberse quedado tres días completos, tal como parecía haber profetizado mientras estaba en vida<sup>13</sup>. Por tanto, su elección del tiempo que estaría efectivamente en el sepulcro contiene un propósito que conviene indagar, pues es el propósito de la Sabiduría de Dios encarnada.

Desde luego, que estuviera algún tiempo enterrado era imprescindible para que los hombres pudiéramos comprobar que en verdad había muerto. Lázaro de Betania estuvo cuatro días antes de ser resucitado por Cristo, y por el olor podía notarse que estaba ya muerto<sup>14</sup>. Sin embargo, Cristo no quiso estar cuatro días en el sepulcro, sino tres, y, además, tres días contados no según los cánones del tiempo ordinario –tres días completos o 72 horas–, sino de modo casero, según un criterio humano más relajado que mide los días de acuerdo con la luz del sol: la tarde-noche de un primer día, la mañana-tarde-noche del segundo día, y el primer amanecer del tercer día. Se puede decir que el cuerpo de Cristo estuvo *el mínimo de tiempo* en brazos de la muerte, tomando como medida el límite mínimo necesario para convencernos a nosotros de la verdad de su resurrección. Llama la atención que Dios haya querido medir así el periodo de tres días, y la razón de este acortamiento nos la da s. Pedro: “*no era posible que ésta (la muerte) lo retuviera bajo su dominio*”<sup>15</sup>, «retener» ése en el que va

---

<sup>13</sup> Mt 12, 40.

<sup>14</sup> Jn 11, 39.

<sup>15</sup> Hch 2, 24. Más adelante aportaré otra razón basada en Mt 24, 22, que apoya el sentido que le doy aquí.

sugerido el deseo vehemente de Cristo por resucitar, o sea, de volver a amar al Padre, y a nosotros, con su corazón de carne.

De este modo, nos enseñó algo que nos da una gran esperanza: para los que mueran con Cristo —y no tengan que pasar, o hayan pasado ya, por el purgatorio—, el tiempo entre la muerte y la resurrección les será brevísimo. Aunque hayan de aguardar a resucitar muchos milenios, *“mil años en tu presencia son como un ayer que pasó; una vela nocturna”*<sup>16</sup>. Es importante notar que ese versículo está precedido inmediatamente por este otro: *“tú reduces el hombre a polvo, diciendo ‘Retornad, hijos de Adán’”*. Es decir, la pertinencia de los versículos al tema que comento es completa: habla de la muerte y de la entrada en la presencia de Dios. Nosotros morimos por ser herederos del pecado de Adán, y Cristo murió para redimirnos de ese pecado y de los nuestros; pero si morimos con Cristo, por medio de Él entraremos en la presencia eterna de Dios, y, por eso, mil años serán, entonces, como un ayer que pasó o una guardia nocturna. No se trata sólo de que, una vez separada del cuerpo, el alma ya no esté sometida ni siquiera de modo indirecto al tiempo físico, sino de algo mucho más altamente positivo: *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*<sup>17</sup>. El «hoy» a que se refería nuestro Señor con esas palabras era la presencia de Dios vista a través de Su alma (“conmigo”). Entre la muerte y la resurrección de los que vean el rostro de Dios, que es Cristo, la distensión temporal, por grande que fuere para su cuerpo, no contará apenas, mejor, será mínima, será como la estancia de nuestro Señor en el sepulcro, sólo el mínimo requerido. De modo semejante a como en algunas leyendas ciertos santos monjes se perdieron durante cientos de años contemplando a Dios en la naturaleza sin notar el paso del tiempo, así, pero realmente, a los que hayan muerto con Cristo la resurrección les llegará de modo casi inmediato, sin sensación de tardanza. Pero pensémoslo un poco más.

Cristo estuvo poco tiempo en el sepulcro, mas durante ese corto periodo su alma humana estaba activa, tanto que inundó con ella lo más oscuro e impenetrable de todo. La estancia de Cristo en el sepulcro no implicó para Su alma una paralización<sup>18</sup>, pues bajó a los infiernos, o sea, directamente al

---

<sup>16</sup> *Sal 90, 4.*

<sup>17</sup> *Lc 23, 43.*

<sup>18</sup> Supuso sólo una paralización total de la vida de su cuerpo, y con ella cumplió el descanso sabático, para poder inaugurar con su resurrección el octavo e inacabable día de la creación, cfr. s. Agustín, *De Genesi ad litteram*, IV, c. 11, n. 21, y c. 13, n. 24.

seno de Abrahán y, en cierta medida, al purgatorio<sup>19</sup>, llevando a esas situaciones la luz de su alma, reflejo de la luz del Verbo. Y eso mismo hace después de resucitado con los que mueren con Él: iluminarlos para que vean lo que ve Él. La enseñanza implícita que contiene lo anterior es que cuando nosotros muramos, si morimos con Cristo, nuestros cuerpos estarán muertos, pero nuestras almas no estarán abandonadas por Cristo. Si morimos con Él, nuestras almas estarán, tras la muerte, también en plena actividad, en una actividad muy superior a toda la que se pueda desarrollar en esta vida: contemplando y conociendo como somos conocidos –no ya individualmente, sino nuestras personas *con* Cristo–, tal como conoce Él, esto es, contemplando a la Trinidad Santa y su santísima voluntad. Vistos desde el tiempo presente, nosotros podremos estar muchos siglos esperando la resurrección, pero, como en el cielo la visión intelectual de Dios elimina el tiempo, tampoco para nuestras almas pasará «mucho tiempo» sin que resucite nuestro cuerpo.

### 3.- *El Santo Sepulcro como templo*

Dos fueron los sitios en que estuvo encerrado el cuerpo de Cristo de forma completa durante su existencia: el seno de María y el sepulcro. Ambos quedaron consagrados como templos por su presencia. En el seno de María Cristo fue introducido entre los vivientes de la tierra, tomando de ella nuestra naturaleza y su primer sustento corporal. Fue su lugar de entrada entre los hombres, una entrada que estuvo llena de vida, el mayor portento de todos los hechos por Dios: la unión (hipostática) del Verbo con la naturaleza humana. En el sepulcro, el cuerpo de Cristo fue depositado muerto, sin vida, pero sería el lugar en el que sucedería el único portento con que Cristo quiso demostrar de modo incontrovertible su divinidad: la resurrección<sup>20</sup>. La resurrección es una obra de toda la Trinidad: el Padre le da a Cristo el poder de resucitar, y en ese sentido, lo resucita<sup>21</sup>; el Espíritu Santo revivifica el cuerpo muerto, como dador de vida que es, y de ese modo también lo resucita<sup>22</sup>; y el Verbo toma de nuevo su cuerpo, según el

---

<sup>19</sup> Respecto de los justos, cfr. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* III, 52, 5; respecto de los que estaban en el purgatorio, cfr. *Summa Theol.* III, 52, 8 *ad* 1. En cuanto al infierno de los condenados, en cambio, sólo bajó de modo indirecto, a saber, con su poder, cfr. *Summa Theol.* III, 52, 2 *ad* 1.

<sup>20</sup> Mt 12, 39.

<sup>21</sup> Hch 3, 26.

<sup>22</sup> Rom 8, 11.



poder que le había sido dado<sup>23</sup>, de modo que al resucitar su cuerpo resucita el hombre Cristo Jesús.

Al estar habitado por el Verbo que acompañaba y sostenía a su cuerpo muerto, el sepulcro fue –después del seno de María– el primer templo en que Dios estuvo personalmente. Los templos son lugares especiales en los que el hombre intenta entrar en relación con Dios. Tras haber sido expulsado del paraíso, por su pecado, el hombre no puede entrar en una relación normal y estable con Dios, su creador, y por eso procura siempre crear lugares especializados para relacionarse con Él. En los mitos ese lugar es un lugar de «comercio» en sentido estricto, porque se concibe a Dios como a un poder extraño al que hay que tener contento para evitar su ira, y al que hay que ganarse para obtener su favor. Pero Cristo, nuestro Señor, nos enseñó que Dios es padre misericordioso, no un poder arbitrario, y que el templo verdadero es nuestro propio espíritu. En concreto, nos enseñó que Dios misericordioso no está en un lugar más que en otro, sino en todas partes (esencia, presencia, potencia), pero con más intensidad en nuestras personas mismas, que somos obra de sus manos e imágenes de la Trinidad personal divina<sup>24</sup>. Pero, aun siendo así, al humanarse, el Verbo también instauró un lugar en el que adorar a Dios y tratar con Él en directo: su propio cuerpo, o mejor, su humanidad, visible y tangible sólo a través del cuerpo.

Tras morir Cristo, el primer y propio lugar físico de reunión del hombre con Dios siguió siendo Él, pero para saber dónde estaba era preciso localizar su cuerpo, por más que estuviera separado del alma, porque Dios seguía estando con él<sup>25</sup>. Y como el cuerpo estaba en el sepulcro, éste quedó convertido en un templo físico del Altísimo *en persona*, en la persona del Verbo. En este sentido, el cristianismo no desechó por completo la tendencia del hombre *post peccatum* a erigir templos, sino que mantiene ambas cosas a la vez: nuestro trato con Dios está en nuestro espíritu, y, por tanto, se puede establecer en cualquier momento y lugar; pero si queremos, como hijos de Adán, estar cerca de Dios también *local* y

---

<sup>23</sup> Jn 10, 18.

<sup>24</sup> Jn 4, 21 y 23-24: “Se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que adoran deben hacerlo en espíritu y verdad”.

<sup>25</sup> La fórmula «Dios estaba con Él» fue usada por s. Pedro (Hch 10, 38), y aunque puede sonar mal, como si insinuara que Cristo no es Dios, en realidad lo que dice es que *Dios Padre* estaba con Él, lo mismo que en su bautismo (Lc 3, 21-22) o en el Tabor (Lc 9, 35).

*físicamente* podemos hacerlo acercándonos al cuerpo de Cristo, tanto en el Sacramento del Altar como en las iglesias, en donde se reúne la comunidad cristiana para celebrar la Santa Misa y los demás sacramentos, “*porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*”<sup>26</sup>.

El Santo Sepulcro fue, por tanto, el primer templo físico inanimado del cristianismo. Había sido hecho por manos humanas, desde luego, pero fue consagrado por el cuerpo muerto de Cristo, y, en ese sentido, fue un templo excavado en la roca<sup>27</sup>. El de «roca» es un apelativo constante de Dios en los salmos, porque las rocas en las montañas son un refugio para los que huyen de la persecución. Para nosotros la roca es Cristo, el cuerpo de Cristo, lo mismo que para Cristo —en cuanto que es hombre— la roca es el Padre. El *Salmo 31* (30) lo repite con énfasis<sup>28</sup>, y fue ése el salmo con que nuestro Señor salió de esta vida. Por eso, su enterramiento en la roca (del sepulcro) al poco de morir es un símbolo de su entrega en las manos del Padre providente. Con esa metáfora nos cerciora a nosotros, especialmente en los últimos momentos de nuestra vida, y a la Iglesia, en los momentos históricamente difíciles por los que ha pasado, pasa y pasará, para que confiemos como hijos en el Padre, y como hermanos en Él.

En nuestro caso, el sepulcro de un cristiano, como el de Cristo, no es un sepulcro blanqueado, sino también excavado en la «roca», es decir, bajo la protección de Dios. No es un lugar de podredumbre, sino de respeto y a salvo de las inclemencias del tiempo: es lugar de dormición y paz. Y para el alma no es cárcel alguna: si Dios mantuvo a su Hijo incorrupto en su carne, aun muerto, a nuestras almas las mantendrá en las manos de su amor poderoso a la espera de la re-creación de nuestro cuerpo, o sea, de la resurrección, que sólo Dios puede conceder a los muertos, que, por cierto, para Él están vivos.<sup>29</sup>

---

<sup>26</sup> Mt 18, 20.

<sup>27</sup> Mt 27, 59-60.

<sup>28</sup> En los versículos 3 y 4.

<sup>29</sup> Mt 22, 32. ¿No podría entenderse esto como una confirmación indirecta de que, para los santos en el cielo, entre la muerte y la resurrección no hay apenas dilación? No se me malentienda: hablo de las *almas* de los santos, situadas fuera del tiempo y contempladoras del rostro de Dios.

#### 4.- ¿Qué pasó en ese lugar y en ese corto periodo de tiempo?

Conviene meditar bien qué es lo que ocurrió en el Santo Sepulcro. El Sepulcro fue el lugar de la transformación de la muerte en vida, o sea, de la resurrección. Es cierto que es el acto de la muerte de Cristo el que contiene el poder de la resurrección, porque es el acto de amor que incendia el mundo y del que sale el espíritu que revivificará su cuerpo en el momento señalado<sup>30</sup>, pero ese poder se llevó a efecto en el Sepulcro.

A diferencia de lo que será la nuestra, la resurrección de Cristo no fue una mera transformación de su cuerpo mortal en inmortal, sino un volver a tomar (*iterum sumendi*) la vida del cuerpo por parte del alma de Cristo<sup>31</sup>. Nuestro cuerpo no resucitará tal como es ahora; será el mismo, pero no funcionará como ahora. En cambio, el cuerpo resucitado de Cristo es no sólo el mismo de la Encarnación, sino que funciona igual que funcionaba desde el instante de la Encarnación, descontado lo que voluntariamente hubiere querido Él ceder al entrar en el mundo<sup>32</sup>.

El cuerpo de Cristo encarnado era por sí mismo un cuerpo espiritual e inmortal, porque nada puede ser asumido personalmente por el Inmortal sin que se convierta también en inmortal<sup>33</sup>. Que fuera un cuerpo espiritual

---

<sup>30</sup> Lc 12, 49-50, y Mt 27, 50, respectivamente.

<sup>31</sup> Jn 10, 17-18: "Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre".

<sup>32</sup> No sabemos con certeza cuándo se hizo Cristo mortal. Es muy probable que fuera en el mismo instante de la Encarnación, cuando dijo: "Por eso, al entrar él en el mundo dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo —pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí— para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad" (Heb 10, 5-7).

<sup>33</sup> El término «inmortal» es equívoco. Dios es inmortal (i) porque es *eterno*, no tiene comienzo ni fin, sino una intensidad de vida con plenitud absoluta. El alma del hombre es inmortal (ii) porque existe por encima del tiempo y porque recibe esa existencia desde la persona humana, que *posee el futuro* y un futuro que no se desfuturiza (está llamada a destinarse). El cuerpo de Adán, antes del pecado, *era mortal* —mortal significa que podía morir—, *pero no moría*, porque el alma, desde su atemporalidad, le comunicaba una perdurabilidad ilimitada en el tiempo. Al pecar, sin embargo, su cuerpo pasó de ser meramente mortal a *tener que morir* (morituridad). La persona de Cristo es inmortal (iii) en sentido divino (eterna), pero como ésta unió consigo hipostáticamente a una naturaleza humana, dotó a su alma, y —a través de ella— a su cuerpo, de una inmortalidad (iv) más alta, a saber, no según la inmortalidad del espíritu y alma humanos, sino según una inmortalidad *donada* por el Espíritu Santo. Y así, la humanidad de Cristo podía descender o abajarse y hacerse mortal donalmente, sin perder su propia altura, sino ganándola para nosotros, mientras que Adán sólo podía mantener o perder su altura, y, al desobedecer, la perdió para todos nosotros. La gracia de Cristo nos concede vivir ya ahora según la inmortalidad (v) donada por el Espíritu, pero sólo en nuestros espíritus y de modo que éstos no pueden comunicarla a sus respectivos cuerpos, cosa que podrán hacer, en cambio, cuando Él nos resucite al final de los tiempos, en cuyo caso seremos inmortales con la inmortalidad donal del Espíritu de Cristo también en el cuerpo (vi).

lo demuestra, primero, la virginidad de María en el parto. No se trató de un milagro especial, sino de que el cuerpo de Cristo era ya al nacer igual que sería después el de su resurrección, pudiendo atravesar puertas y paredes sin que le ofrecieran resistencia<sup>34</sup>. Si al resucitar se removió la piedra del sepulcro, no fue para que Cristo pudiera salir, ya que Él podría haber atravesado su mole sin dificultad, sino como un signo para que soldados (incrédulos) y discípulos (débiles en la fe) tuvieran noticia visual del gran acontecimiento.

Pero, si era inmortal, ¿cómo es que murió? Murió porque quiso<sup>35</sup>, y esto significa que Cristo primero *se hizo mortal* porque quiso, después se hizo morituro porque quiso, y finalmente, perdió la vida porque quiso, obedeciendo a la voluntad del Padre. Lo mismo que Él se hizo hombre al encarnarse y porque quiso<sup>36</sup>, de igual modo se hizo mortal y morituro cuando quiso y como quiso. Es posible que se hiciera morituro en Getsemaní cuando, al prever y aceptar la muerte de su cuerpo, entró en agonía y sudaba gotas de sangre<sup>37</sup>. No es que dejara de ser un cuerpo espiritual, sino que precisamente por ser el cuerpo espiritual del Verbo pudo hacerse mortal y morituro, o sea, abajarse hasta nuestra condición. La obediencia del cuerpo de Cristo a su Persona era tal que podía hacer lo que es imposible para cualquier otra criatura: ser inmortal y, sin embargo, hacerse verdaderamente mortal. La clave está en el «hacerse». Si el Verbo se hizo hombre sin dejar de ser Dios, también su cuerpo se hizo mortal y morituro sin perder por completo su inmortalidad. No es que hiciera teatro: Dios no hace teatro ni lo necesita. Dios escribe la historia con personajes reales y nos enseña cuanto quiere con acontecimientos históricos de personas históricas, es decir, sin hacer teatro. Y también el Verbo de Dios encarnado se hizo mortal y morituro en su cuerpo y murió históricamente, perdiendo realmente la vida corporal, pero sin que su alma humana perdiera la potestad de volver a tomarlo. Desde luego, cuando lo retomó, pasó de la muerte a la vida, esto es, su cuerpo ganó de nuevo la vida, pero la vida que ganó fue la misma vida que tenía al entrar en el mundo, la vida

---

<sup>34</sup> Jn 20, 19 y 26.

<sup>35</sup> Jn 10, 18.

<sup>36</sup> Heb 10, 5-7.

<sup>37</sup> Lc 22, 44. Morituro se distingue de mortal. Mortal es el que puede morir; morituro es el que tiene que morir.

de un cuerpo espiritual<sup>38</sup>. Concuerta con eso el que, desde antiguo la Iglesia enseñe que Cristo es el hombre perfecto, sin distinguir en esa perfección entre la humanidad de Cristo antes de morir y la humanidad de Cristo después de resucitar<sup>39</sup>.

¿Qué ocurrió, pues, en el Santo Sepulcro? Allí ocurrió la siembra del cuerpo de Cristo para que diera mucho fruto; porque en los planes de Dios, mientras no cayera en tierra y muriera, la vida espiritual de *su cuerpo* permanecería aisladamente Suya<sup>40</sup>, pero al compartir la muerte de los hombres –única cosa, junto con el nacimiento, en la que todos somos iguales– hizo posible que su muerte fructificara para todos los hombres en la forma de la posibilidad de morir y resucitar con Él.

Es de notar que Cristo hará resucitar a *todos* los hombres, esto es, los transformará de mortales en inmortales –cosa que sucederá sin transitar por la muerte a los últimos que estén viviendo a la hora de Su segunda venida, y yo estimo que sucedió también a María nuestra Madre–, aunque no todos mueran con Él. He ahí un claro indicio de la voluntad salvífica de Dios, que *quiere* que todos los hombres se salven, y para eso los ha creado. Su voluntad de salvación universal afecta a todos los hombres de modo incondicionado al resucitarlos, aunque sólo resucitará a la Vida eterna (o de Dios) a los que, aceptando y ofreciendo su propia muerte al Padre, hayan muerto con Cristo. A los que no acepten la redención de Cristo –pidiéndole perdón de sus pecados y perdonando a cuantos les hubieren ofendido– la resurrección los llevará al infierno, que no es otra cosa que su propia persona aislada de Dios.

##### 5.- ¿Qué significa el Santo Sepulcro para la Iglesia?

Por otra parte, los tres días en que estuvo nuestro Señor enterrado en el Santo Sepulcro fue el periodo de mayor (aparente) abandono y sufrimiento padecido por la Iglesia<sup>41</sup>. Así lo había anunciado Él refiriéndose a los

---

<sup>38</sup> Nosotros, en cambio, si morimos con Cristo, resucitaremos a otra vida distinta de la actual, dotada del mismo cuerpo con que fuimos creados, pero ya no más mortal, sino inmortal como el de Cristo.

<sup>39</sup> Cfr. Concilio de Calcedonia, H. Denzinger - A. Schönmetzer, *Enchiridion symbolorum*, Barcinone, Friburgi Br., Romae, Neo-Eboraci: Herder, <sup>34</sup>1967, n. 301; Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 38.

<sup>40</sup> Jn 12, 24-25: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”.

<sup>41</sup> Podría cuestionarse si es pertinente llamar «Iglesia» a los primeros creyentes antes de recibir el Espíritu Santo. Pero ¿qué duda cabe de que ellos eran el germen de la Iglesia, fundada por Cristo, aunque todavía no gozara de la autonomía que le daría posteriormente la venida del Espíritu Santo?

discípulos: “*Ya ayunarán cuando les falte el esposo*”<sup>42</sup>. El signo que durante Su vida preanunció simbólicamente ese abandono fue la tormenta que amenazó a la barca de s. Pedro en el lago, mientras Él dormía<sup>43</sup>. Si la muerte es una dormición<sup>44</sup>, entonces el periodo en que estuvo muerto Cristo se corresponde simbólicamente con el episodio de la barca. Fue un periodo corto, pero de terrible desesperanza para los discípulos. Ahora bien, lo que dijo nuestro Señor acerca de la tribulación de los últimos tiempos<sup>45</sup> vale, igualmente, para cualquier otro periodo de prueba: se acortarán aquellos días por causa de los elegidos, porque Dios no permitirá que sean probados por encima de sus fuerzas<sup>46</sup>. Y eso mismo nos lo confirman los cortos tres días en que estuvo su cuerpo en el sepulcro. El ansia del Justo por resucitar, es decir, del alma humana de Cristo por reunirse con su cuerpo, y por volver a amar al Padre con su corazón humano, así como el deseo de reunirse con sus discípulos, cuya fe y esperanza estaba siendo tentada casi por encima de sus fuerzas –salvo María Santísima que sabía por fe que Él iba a resucitar–, abrevió esos tres días al máximo hasta reducirlos a unas cuarenta horas: un día entero más dos trozos de días distintos, el mínimo imprescindible para corroborar que estaba muerto, y el tiempo máximo de prueba a que quiso someter la fe de la primera Iglesia antes de enviarle el Espíritu.

Para nosotros, la estancia del cuerpo de Cristo en el sepulcro, breve tiempo en que el esposo estuvo alejado de sus amigos, forma parte de la «puerta estrecha» que cierra nuestra vida (la muerte) y por la que hemos de pasar todos, queramos o no, para salvarnos<sup>47</sup>. Esa puerta estrecha es Cristo crucificado, y para nosotros es el *morir con Cristo*. Al pasar por ella, bajo su umbral y como fruto inmediato de la victoria de nuestro Señor sobre la muerte, se nos ofrecerá la posibilidad de hacer nuestra, definitivamente, Su salvación, aceptando la muerte de modo donal, a semejanza de Cristo.

---

<sup>42</sup> Mt 9, 15; Mc 2, 20; Lc 5, 35.

<sup>43</sup> Mt 8, 24.

<sup>44</sup> Mt 9, 24.

<sup>45</sup> Mt 24, 22: “Y si no se acortaran aquellos días, nadie podría salvarse. Pero en atención a los elegidos se abreviarán aquellos días”.

<sup>46</sup> 1 Co 10, 13.

<sup>47</sup> Jn 10, 9: “Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos”. Lc 13, 23-24: “Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Él les dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán...». Mt 7, 13-14: “Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos”.

Pero para nuestros cuerpos es también el comienzo de lo que puede ser una larga estancia, porque ya han pasado, y pueden pasar, siglos y siglos hasta su segunda venida.

Precisamente, porque, salvo milagro divino, en el sepulcro nuestros cuerpos, a diferencia del de Cristo, sí se corromperán, los enterramientos cristianos son lugares sagrados que nos recuerdan a unos difuntos que no están muertos en su espíritu, sino vivos en Dios, y cuyos restos duermen a la espera de resucitar. De este modo, unos de los signos primitivos de humanización y que nos distinguen por completo de los animales, los enterramientos y cementerios, han sido convertidos en lugares de oración que no sólo conservan en el cristianismo su sentido original, sino que lo incrementan, pues nos ayudan a mantener la *Communio sanctorum*. Las modas actuales, inconscientes de tan profundas verdades, quieren hacer de la muerte un asunto baladí, incluso simpático, para que vivamos de espaldas a ella, olvidemos a nuestros difuntos, y sobre todo olvidemos a Cristo, que nos ha redimido con su muerte, y la ha transformado en camino de salvación. La devoción al Santo Sepulcro tiene una importancia capital para los cristianos: en él se consumó nuestra redención, el paso de la muerte a la vida, con toda la grandeza de la misericordia de Dios. Allí empezó la nueva vida para nuestros cuerpos y almas, una vida inmortal, participación de la vida del Hijo de Dios, y, por tanto, una vida como hijos adoptivos de Dios, una vida introducida en el seno de la Trinidad Santa y partícipe de las relaciones íntimas de las tres divinas personas, de la que gozamos por adelantado ahora, pero sólo en el alma y no plenamente.

Con todo, nuestro Señor aceptó que, incluso en el sepulcro, en la situación más baja de su cuerpo, nosotros, los cristianos peregrinos, pudiéramos ofrecerle obras buenas. José de Arimatea, las santas mujeres y otros discípulos no sólo cuidaron de enterrarlo, también lo prepararon con aceites de buen olor. El buen olor lo dan las buenas obras, y eso lo quiso e incluso lo predijo Él, cuando salió en defensa de María de Betania, que había empleado un tarro de perfume para homenajearle<sup>48</sup>. Cristo acepta nuestros homenajes a Él en su cuerpo, y los señala como especialmente apropiados para el sepulcro. Por supuesto, como Él mismo nos dijo que lo que hiciéremos con el más pequeño de sus hermanos a Él se lo hacíamos, también las buenas obras que hagamos a nuestros muertos, como

---

<sup>48</sup> Jn 12, 3-7.

enterrarlos, respetarlos y rezar por ellos, a Él se las hacemos. Y como el sepulcro fue la situación de mayor prueba para sus discípulos, por razón de la obscuridad absoluta en que Su muerte los dejó, quizás nos esté indicando que la adoración y el culto a su humanidad concretado en su cuerpo sean muy apropiados en los momentos de grandes crisis de la Iglesia.

Para la Iglesia la estancia del cuerpo de Cristo en el sepulcro simboliza, pues, los periodos de graves zozobras. En la historia de la Iglesia se han dado circunstancias parecidas a la que padecieron los amigos del novio, los discípulos, con la muerte y sepultura del Señor, como fueron: la Iglesia de las catacumbas a causa de las persecuciones; o el cisma de Occidente, en el que la inmensa mayoría de los fieles no sabían, durante un periodo de tiempo relativamente largo, a qué Papa debían su fidelidad; o, también, la escisión producida por la reforma protestante. Otra situación semejante parece que amenaza con ser la nuestra, en la que, ante todo, las grandes agitaciones del posconcilio, motivadas por las confusiones acerca de cuál era la manera adecuada de leerlo, pero, sobre todo, la presión de la impiedad circundante, acompañada por la ausencia de fe, incluso muy dentro de la Iglesia<sup>49</sup>, están haciendo que los cristianos mismos no parezcamos saber quiénes somos<sup>50</sup>, pues el estado de nuestra sociedad es tal que exige una repristinación de nuestro cristianismo<sup>51</sup>. A esa situación de prueba interna se ha añadido circunstancialmente, en estos días, la pandemia (COVID-19) que nos ha obligado –a los que no nos ha llevado por delante– a permanecer meses encerrados en nuestras casas, como los Apóstoles y discípulos en el Cenáculo tras la muerte del Señor, y sin los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia.

---

<sup>49</sup> “Por otra [parte], uno percibe con mucha más fuerza la gravedad de las preguntas, la presión de la impiedad actual, la presión de la ausencia de fe, incluso muy dentro de la Iglesia...” (Benedicto XVI, Papa Emérito, *Últimas conversaciones con Peter Seewald*, trad. J.L. Lozano-Gotor, Edit. Mensajero, Bilbao, 2016, 37).

<sup>50</sup> “No [nunca he tenido la gran duda cuando era joven], sólo más tarde, cuando el mundo se fragmentó de tal forma que el cristianismo, la Iglesia misma no parecía saber ya quién era” (Benedicto XVI, *Últimas conversaciones*, 255).

<sup>51</sup> “En la Iglesia siempre hay problemas por resolver, máxime en nuestra época, tras las grandes sacudidas del posconcilio, tras todas las confusiones acerca de cuál era la manera adecuada de leer el concilio. En conjunto, la situación de nuestra sociedad es tal que el cristianismo debe reorientarse, redefinirse y realizarse de nuevo” (Benedicto XVI, *Últimas conversaciones*, 237).



## 6.- ¿Cómo permite Dios tantos y tales males?

A veces, los cristianos nos hacemos esa pregunta. Sin darnos cuenta, al hacerla, estamos olvidando que nuestra situación actual no es la definitiva, pues estamos en *periodo de prueba*, para merecer con nuestra fe y obras ser aceptados como hermanos de Cristo y adoptados como hijos de Dios Padre. El periodo de prueba no consiste únicamente en adquirir el dominio sobre nuestros defectos y tendencias, sino en obedecer a Dios, participando en una batalla campal con las fuerzas del mal<sup>52</sup>. Tenemos todas las armas para vencer a las huestes enemigas, ya derrotadas por nuestro Señor, pero hemos de resistir sus embates y colaborar en la liberación de los cautivos, entre los que nos encontramos nosotros mismos.

Nuestro Señor nos aclaró que era necesario que Él padeciera y muriera<sup>53</sup>, y que así fuera (aparentemente) vencido por el demonio<sup>54</sup>, pero ¿por qué? Él mismo nos dijo que eso era necesario *para que el mundo conozca que Él ama al Padre, y que hace lo que le ordena*<sup>55</sup>. También nos advirtió de que no es el discípulo más que su maestro, de modo que, si a Él lo persiguieron, también lo harán con nosotros<sup>56</sup>. Por tanto, también nosotros tenemos que mostrar al mundo que amamos a Cristo y hacemos lo que Él nos manda, participando así en la lucha contra el poder de las tinieblas.

Pero ¿cómo podemos estar a la altura de altísima exigencia? Por supuesto, eso está muy por encima de nuestras posibilidades y de nuestra condición de pecadores. Pero creo que en esto pasa como en la Santa Misa. En efecto, siempre me llaman la atención unas palabras que pronuncia el sacerdote en la plegaria eucarística: *“te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia”*. Esas mismas palabras sugieren que no somos dignos, no estamos a la altura, pero la misericordia de Dios *nos hace dignos de estar en su presencia*. Me viene a la memoria la parábola de las bodas del hijo del Rey, en la que uno de los invitados no iba vestido con traje de boda —es decir dignamente—, y fue arrojado a las tinieblas

---

<sup>52</sup> Ef 6, 12: “Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, las potestades, los dirigentes del mundo de estas tinieblas, y los espíritus del mal que están en el aire”.

<sup>53</sup> Lc 24, 44-46.

<sup>54</sup> Jn 14, 30; 12, 31; Lc 22, 52-53.

<sup>55</sup> Jn 14, 29-31: “Y os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque llega el Príncipe de este mundo. En mí no tiene ningún poder; pero ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado. Levantaos. Vámonos de aquí”.

<sup>56</sup> Jn 15, 20.

exteriores<sup>57</sup>, y me asalta la pregunta: ¿cómo nosotros, todavía llenos de faltas y pecados, podemos ser hechos dignos de estar y servir ante la presencia real de Dios? Pero la Santa Madre Iglesia sabiamente me consuela un poco más adelante –poco antes de la comunión– cuando pone en boca del celebrante esta otra oración dirigida a Cristo presente: “*no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de la Iglesia*”. Según tales palabras, lo que Dios tiene en cuenta en nosotros, y, por tanto, lo que nos hace dignos de estar ante la presencia real de Dios, es el don de la fe. Pero ¿qué fe, la nuestra o la de la Iglesia? ¿Por qué se habla de «la fe de la Iglesia», si la Iglesia no es una persona? Evidentemente, la Iglesia no es una persona<sup>58</sup>, por lo que esa expresión se ha de referir directamente a la fe que compartimos personalmente todos los católicos practicantes, y *cuyo contenido* es el que propone la Santa Madre Iglesia. De acuerdo con eso, lo que nos hace dignos de estar ante la presencia real de Dios no son nuestros méritos o deméritos, es el don de la fe, o sea, el don divino de creer y saber con certeza que bajo las especies de pan y vino están el cuerpo y la sangre de Cristo junto con su alma humana y su Persona divina, sin tener de ello el menor indicio sensorial. Es cierto que la fe no basta para comulgar, hace falta, además, estar en gracia de Dios, o sea, que nuestras obras sean concordes con aquélla, pero sí basta para poder estar en su presencia con una mínima dignidad. Y puesto que no cabe que haya fe sin creyentes, creo que con la aludida expresión «fe de la Iglesia» –además del contenido revelado, y propuesto por ella– se nos enseña que en la Iglesia siempre hay y habrá, por lo menos, un resto de firmes creyentes, pues de lo contrario, las puertas del infierno habrían prevalecido contra ella, cosa que el amor de Cristo no permitirá nunca<sup>59</sup>. En consecuencia, la expresión «la fe de la Iglesia» reúne las dos dimensiones señaladas: (i) la fe de un núcleo de *creyentes*, un «resto», que mantienen vivo fielmente, a lo largo de los siglos, (ii) el *contenido de la revelación cristiana*. Uniendo nuestra fe a la de ellos, dejamos de ser por completo indignos de estar en Su presencia.

En suma, la lucha contra el poder de las tinieblas no la mantenemos solos, la mantiene la Iglesia, es decir, todos los creyentes bautizados, de los

---

<sup>57</sup> Mt 22, 1-14.

<sup>58</sup> “Así se manifiesta toda la Iglesia como ‘una muchedumbre reunida por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo’” (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 2, B.A.C., 112).

<sup>59</sup> Mt 16, 18.

que, al menos, un resto conserva viva la tradición revelada de generación en generación.

Esto supuesto, la cuestión pertinente sería: ¿y quiénes eran los firmes creyentes que mantenían la fe de la Iglesia mientras nuestro Señor estuvo en el sepulcro? Todos los apóstoles y discípulos se habían dispersado, y aunque muchos de ellos se volvieron a reunir en el cenáculo, su fe y su esperanza estaban tentadas de tal manera que no parece que pudiera decirse que en ese momento fueran firmes creyentes. Sin embargo, mientras estaba Él en el sepulcro había, al menos, una gran creyente, la mayor creyente: María Santísima, su Madre, que creía y sabía que su Hijo iba a resucitar. Pues, si el Señor anunció a sus discípulos su muerte y resurrección camino de Jerusalén, ¿cómo no iba a habérselo anunciado a su Madre, y mucho antes?

En este periodo histórico de necesaria purificación y «desmundanización»<sup>60</sup> en que vive la Iglesia de hoy, tiempo colmado de grandes tentaciones y perplejidades, los cristianos debemos creer y confiar en la promesa de Cristo —“*estaré con vosotros hasta el final de los tiempos*”<sup>61</sup>— así como en el Espíritu Paráclito que nos ha enviado, y en la protección de María, que sigue haciendo de Madre de la Iglesia desde el Cielo.

A toda esta nuestra situación sólo le da sentido el Rey de Reyes y Señor de la Historia<sup>62</sup>, en el que creemos. Cristo es el primero en todo<sup>63</sup>, pero no según el tiempo. No fue el primero que sufrió ni el primero que murió ni el primero que fue enterrado. Tampoco es temporalmente el último de los que sufren o mueren ni de los ajusticiados injustamente. Es ciertamente el alfa y la omega<sup>64</sup>, mas no según el antes y después temporales. Es el primero en el amor del Padre, es decir, el primero de acuerdo con la

---

<sup>60</sup> “*Entweltlichung*”, Discurso del Santo Padre Benedicto XVI en el *Konzerthaus* de Friburgo de Brisgovia (25/09/2011); cfr. Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, nn.93-97. «Mundo» aquí no se refiere a la criatura de ese nombre ni siquiera estrictamente al mundo humano, sino al primero de los enemigos del alma (1 Jn 2, 15-17). Cfr. L. Polo, *Curso de Teoría del Conocimiento II*, en Obras Completas de Leonardo Polo, Eunsa, Pamplona, 2016, vol. V, 55.

<sup>61</sup> Mt 28, 20.

<sup>62</sup> Ap 19, 16. “Igualmente, [la Iglesia] cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 10, Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.), Madrid, 1966, 222). Cfr. *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 1997, n. 450.

<sup>63</sup> Col 1, 18.

<sup>64</sup> Ap 1, 8.

predestinación<sup>65</sup> o plan eterno de Dios, porque todo fue hecho por y para Él<sup>66</sup>; por tanto, es el primero según la prioridad del dar divino, que es aquella antecendencia jerárquica cuya actividad no quita ni hace perder nada. Y es también el último, porque Él es el fin de la humanidad y de la creación entera, o, lo que es igual, es la Verdad y la Vida, que nos hace ahora hijos de Dios y nos hará resucitar consigo a la vida eterna. Pero, además, Él se sitúa en medio de la historia, lo mismo que el Camino<sup>67</sup> se sitúa entre los puntos de partida y de llegada, porque es el único mediador entre el hombre y Dios<sup>68</sup>. Él es el Camino, y nos lo ha abierto al ser el primero de los que mueren *de modo donal*<sup>69</sup>, y el primero que fue enterrado en un sepulcro *para resucitar*, removiendo la losa (muerte) que nos cierra a los demás el paso hacia los cielos.

Aun en el sepulcro, Cristo es la «roca» firme sobre la que está edificada la casa o Iglesia de Dios<sup>70</sup>, y sobre la que está cimentada la fe que nos salva a todos los hombres a lo largo de la historia. Claro que la posibilidad de esa misma fe exige que ahora hayamos de ignorar cuándo y cómo lo irá haciendo Él en el antes-después temporal. Como sugirió el Papa Francisco en su homilía con ocasión de la Vigilia de la Pascua del año 2015, las santas mujeres hubieron de *entrar en el sepulcro*<sup>71</sup>, es decir, en la obscuridad del misterio, para descubrir la gran noticia de la resurrección de Cristo, y todos hemos de *entrar en el misterio del «paso»* (Pascua):

“Entrar en el misterio nos exige no tener miedo de la realidad: no cerrarse en sí mismos, no huir ante lo que no entendemos, no cerrar los ojos frente a los problemas, no negarlos, no eliminar los interrogantes... Entrar en el misterio significa ir más allá de las cómodas certezas, más allá de la pereza y la indiferencia que nos frenan, y ponerse en busca de la verdad, la belleza y el amor, buscar un sentido no ya descontado, una respuesta no trivial a las cuestiones que ponen en crisis nuestra fe, nuestra fidelidad y nuestra razón”<sup>72</sup>.

---

<sup>65</sup> Hch 3, 20; Rom 8, 29-30. Cfr. S. Agustín, *Expositio in Ep. ad Romanos inchoata*, n. 5.

<sup>66</sup> Col 1, 16-17.

<sup>67</sup> Jn 14, 6.

<sup>68</sup> 1 Tim 2, 5.

<sup>69</sup> Jn 10, 17-18.

<sup>70</sup> Lc 6, 47-49.

<sup>71</sup> Mc 16, 5.

<sup>72</sup> [http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2015/documents/papa-francesco\\_20150404\\_omelia-veglia-pasquale.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2015/documents/papa-francesco_20150404_omelia-veglia-pasquale.html)

A «entrar en el misterio» es a lo que con este libro quisiera yo contribuir y ayudar en los actuales –y en otros futuros– tiempos de prueba, dedicando toda la atención a penetrar con la inteligencia y el corazón en la revelación cristiana, siempre, naturalmente, bajo la inspiración de su gracia y la guía de la autoridad de la Iglesia. Pues la obra que Dios nos reclama es que creamos en su Hijo<sup>73</sup>, y le esperemos mientras vuelve, derramando el buen olor de las obras creadas por Él para nosotros<sup>74</sup>.

En definitiva, pues, el título de *Conferencias del Santo Sepulcro* no es inapropiado para este libro, porque todo él va dirigido a una Iglesia en situación de gran prueba, interna y externa, semejante a la que ella pasó durante el espacio entre la muerte y resurrección del Señor. Y, en especial, es apropiado porque habiendo obrado Cristo en esa situación el mayor de sus signos –el que había prometido como único para los incrédulos escribas y fariseos<sup>75</sup>–, su meditación nos puede inspirar la esperanza de que también en nuestra época obrará los signos pertinentes para que creyentes e incrédulos volvamos hacia Él nuestro pensamiento y nuestro corazón. Si, cuando la Iglesia era muy pequeña como institución humana y la fe de la casi totalidad de los cristianos desfallecía, Él abrevió el tiempo de la prueba y volvió para socorrerlos resucitando, esa misma deferencia nos cerciora en la confianza de que también vendrá en nuestra ayuda, nos robustecerá en la fe durante las pruebas actuales, y nos las abreviará para que podamos perseverar hasta el final, mientras Él va preparando a la Iglesia para su segunda y definitiva venida.

---

<sup>73</sup> Jn 6, 29.

<sup>74</sup> Ef 2, 10.

<sup>75</sup> Mt 12, 38 ss.

